

# El legado de José Ricardo Morales



Eduardo Guerrero del Río  
*Doctor en Literatura*

Cien años de edad ha cumplido el versátil y prolífico dramaturgo español que, tras las desgarradoras consecuencias de la guerra civil española, desplegó una innovadora actividad en Chile.

Celebrar los cien años en vida de un escritor siempre será una fiesta. Ya el año pasado esto se vivió con el antipoeta Nicanor Parra. Ahora, con el dramaturgo chileno-español José Ricardo Morales. Dos vidas y realidades muy distintas.

Morales nace en Málaga el 3 de noviembre de 1915. Sus padres se trasladan al año siguiente a Valencia. En esta ciudad, él ingresa a los 17 años de edad a estudiar Filosofía y Letras a la Universidad de Valencia. Se vincula con el Teatro El Búho (dirigido por Max Aub) en donde se presenta la primera de sus obras, *Burlilla de don Berrendo, doña Caracolines y su amante*. Pero, al poco tiempo, viene la guerra civil que dejó, además de miles

de muertos, tantas marcas y cicatrices hasta el día de hoy en el pueblo español. Como señala Eduardo Godoy, Morales “tuvo una amplia participación en la guerra civil como combatiente y fue confinado al campo de concentración francés de Saint-Cyprien, para partir al destierro a Chile”.

El poeta Pablo Neruda tiene la misión del presidente Pedro Aguirre Cerda de traer españoles a Chile tras el conflicto en España, tarea en la que se enmarca el viaje del vapor *Winnipeg* con dos mil refugiados, que arriba a Valparaíso el 3 de septiembre de 1939: muchos de ellos destacarán años más tarde en el ámbito de la cultura chilena. En esa fecha comienza la “segunda vida” de Morales. Se desempeña como docente en las universidades de Chile y Católica, fundamentalmente en el área del arte (destaca su curso “Historia del Arte”), traduciéndose esto en la publicación de múltiples ensayos vinculados con el tema y con su condición de desarraigado. Referente a esto, la ensayista Carla Cordua señala: “Los ensayos de José Ricardo Morales son testimonios impresionantes de una vida intensa, puesta a prueba dolorosamente por el destino”. Pero, dos años después, un hecho importante marcará la existencia de José Ricardo Morales: la creación de los teatros universitarios.

## CREACIÓN DEL TEATRO EXPERIMENTAL DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

En el año 1941 un grupo encabezado por Pedro de la Barra se le acerca al actor cómico Lucho Córdoba, a cargo del Teatro Imperio, a solicitarle el préstamo de dicho espacio para inaugurar el Teatro Experimental, a lo cual Córdoba accede gustoso. Así, el domingo 22 de junio de ese año, con la presentación de un doble programa compuesto por *La guarda cuidadosa* y *Ligazón*, de Miguel de Cervantes y Ramón María del Valle-Inclán, respectivamente, se concretaba esa iniciativa de tanta significación en las tablas chilenas.

Conviene efectuar algún tipo de aclaración. Hace muchos años, en más de una oportunidad (en una de ellas, yo estaba a cargo de una mesa redonda en torno a la creación de los teatros universitarios), Morales reivindicaba ser el artífice de la creación de dicho teatro junto con Pedro de la Barra, por lo que sin su presencia —en sus propias palabras— esto no hubiera ocurrido. En lo personal, sin desconocer que el doble programa inaugural fue propuesto por él (eran dos obras montadas por la Compañía El Búho) y que dirigió la segunda de las nombradas, difiero de esta postura, pues tal iniciativa fue la resultante de una serie de antecedentes previos que hacían inevitable el surgimiento del colectivo universitario. Por lo mismo, son discutibles las palabras de Juan Andrés Piña en su *Historia del teatro en Chile*: “Por razones nunca claramente dichas, aunque conjeturables desde la perspectiva de la complejidad de las relaciones humanas, el papel de Morales —que desde ese momento ocupó el cargo de asesor literario del grupo, por algún tiempo— fue diluido en las referencias posteriores de estos fundadores, cayendo su trabajo en el olvido y reivindicándose esencialmente su actividad como dramaturgo”.

## DRAMATURGIA

Lo que sí no se puede discutir es la proliferación de obras dramáticas que surgieron de la pluma de José Ricardo Morales. Una forma de acercarse a ellas es teniendo en cuenta lo que dice el estudioso español Manuel Aznar: “Morales quiere plantear en su dramaturgia conflictos universales: los abusos de poder, la irracionalidad del lenguaje, la tecnificación deshumanizadora, la manipulación política y propagandística del poder, los desastres ecológicos, la capacidad destructora de la revolución científico-técnica, la cosificación del hombre contemporáneo”. Estas palabras son una buena síntesis de las características que resaltan de sus diversos textos, a las que pudiéramos agregar la presencia de personajes históricos (algunos míticos), bajo un prisma más bien desmitificador; el teatro dentro del teatro; lo absurdo de las situaciones dramáticas, con un sentido crítico. La mayoría de sus textos poseen un carácter lúdico, a partir de la propuesta lingüística, pero su exacerbación hace que a veces se pierda el interés por la historia misma. En su libro *El teatro chileno de mediados del siglo XX*, Elena Castedo-Ellerman estudia a Morales dentro del apartado “absurdismo”, junto con Jorge Díaz, Gabriela Roepke y Raúl Ruiz, y culmina diciendo: “El valor y la originalidad de José Ricardo Morales no estriban tanto en su desgarrada visión de profeta como en su ingenio y habilidad dramática, notablemente en el manejo de estructuras, el aprovechamiento escenográfico y la explotación de todas las posibilidades de la lengua para expresar su mensaje”. Castedo-Ellerman ha mencionado la palabra “ingenio”; para nosotros, su mayor pecado, fue ser “demasiado ingenioso”.

Brevemente, realizaremos alguna alusión a seis publicaciones que concentran muchos de sus títulos: *Teatro de una pieza* (1965), *Teatro* (1971), *No son farsas* (1974), *Fantasmagorías* (1981), *Teatro en libertad* (1983) y *Teatro mítico* (2002). Además, hay que decir que en el año 2009 publicaron en España sus *Obras Completas* (Teatro 1). Hace dos años, la revista *Mapocho* publicó un *dossier* dedicado a estudiar y difundir su obra. En todo caso, en Chile, el mismo año en que se crea el Teatro Experimental, escribe *El embustero en su enredo*, estrenada en 1944 por Margarita Xirgu, una actriz catalana de real importancia en esos años, fundamentalmente por su técnica actoral y el repertorio de Federico García Lorca. Para el estudioso español César Oliva, “el título, de resonancias clásicas evidentes, deja entrever un enredo matrimonial, con todos los ingredientes propios de la comedia española del Siglo de Oro, incluso con canciones y baile final”.

De las seis piezas dramáticas que componen *Teatro de una pieza*, queremos resaltar “La odisea”, donde asistimos “al proceso de construcción de una ciudad futura” (Claudia Ortego), tomando como referente el mito griego en un contexto de crítica a la modernización. A su vez, en “La grieta”, está el tema del ejercicio del poder. En general, para Jorge Catalá-Carrasco, “las obras que integran esta etapa exhiben una madurez intelectual notable, en las que el uso intencionado del lenguaje desvela la angustia ante un mundo transformado por la tecnología y el cientificismo que deviene en absurdo”. Las dos obras que com-

“Morales quiere plantear en su dramaturgia conflictos universales: los abusos de poder, la irracionalidad del lenguaje, la tecnificación deshumanizadora, la manipulación política y propagandística del poder, los desastres ecológicos, la capacidad destructora de la revolución científico-técnica, la cosificación del hombre contemporáneo”.

Manuel Aznar

ponen *Teatro*, “Un marciano sin objeto” y “Cómo el poder de las noticias nos da noticias del poder”, tienen un carácter farsesco. En la segunda de las nombradas, para César Oliva, “Morales llega a una de sus más altas cimas en la expresión lúcida de un caos verbal altamente significante”. Ya el título de *No son farsas* profundiza el derrotero anterior. Aquí, de los cinco textos, resalta “Orfeo y el desodorante o el último viaje a los infiernos”, a nuestro entender, una de sus obras más significativas. Los dos protagonistas —Orfeo y Eurídice— se conectan con el tema de la publicidad, siendo Orfeo un cantante de moda y Eurídice una modelo. Cuando el gerente pregunta “¿quién es Eurídice?”, el agente señala que es “la último modelo de belleza y nobleza. De sencillez y perversión. De castidad y conducta disipada. De línea, de volumen, de frente, de perfil. De seis y ocho cilindros. Modelo de todo y modelo del todo: la modelo integral”.

De la década de los ochenta, *Fantasmagorías* y *Teatro en libertad*. En ambas publicaciones, aparece “La imagen” (de 1975); en palabras del dramaturgo, “es sobre un gobierno que gobierna siete siglos con la misma imagen. Utilicé frases del Gobierno de Franco y frases del Gobierno de Pinochet”. Tiene un carácter satírico en esta alegoría sobre el poder: “Gracias a Su Excelencia se acabó ese miedo. Su imagen es eterna y nos protege indefinidamente. No tenemos futuro ni lo necesitamos. Aquí no cambia nada”.

Finalmente, en esta selección que hemos efectuado de su extensa obra, está el volumen de *Teatro mítico*, en donde se reiteran algunas piezas mencionadas (“La odisea”, “Orfeo y el desodorante”), y aparecen otras como “Edipo reina o la planificación”. Para Eduardo Godoy, “esta versión del mito de Edipo, de José Ricardo Morales, destaca por su originalidad. El referente, que es la obra de Sófocles, es enriquecido con un punto de vista absolutamente moderno. La fracturación del tiempo que se concreta en un permanente movimiento entre pasado, presente y futuro, así como la metateatralidad, son dos de los aspectos relevantes de *Edipo reina o la planificación*”. A su vez, Ricardo Doménech la considera “una de las mejores obras del teatro español de este y el pasado siglo”.

Más allá de los múltiples reconocimientos obtenidos a lo largo de su vida (incluyendo el ser miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua) y el desencanto de este dramaturgo que considera que no ha sido reconocido en nuestro país como lo merece, hay que resaltar —con sus cien años cumplidos— la figura de este español que hace casi ochenta años se embarcó en el “barco de la esperanza” para hacer de Chile su nueva patria. **MSJ**